

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

Publicación decenal con Censura Eclesiástica

FRANQUEO
CONCERTADO

año IV

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros
como Yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discípulos)

Núm. 113



Estupendo milagro de Calanda

Vivía por los años de 1637 en Calanda, villa de la Provincia de Teruel, un joven de 19 años llamado Miguel Juan Pellicero Blasco, hijo de unos pobres labradores. Movido por la necesidad de buscar trabajo para sustentarse, partió muy á pesar de sus padres, á Castellón de la Plana donde vivía un tío suyo llamado Jaime Blasco, quien lo admitió en su casa para ayudarle en la labranza de sus tierras. Ocupado en estas faenas agrícolas tuvo un día que conducir un carro cargado de trigo, y yendo junto á él volcó con tan mala suerte que cogióle la pierna derecha bajo una de las ruedas se le quebró el hueso. Inmediatamente fué conducido al hospital de Valencia, donde le dejó su tío. Aplicáronse toda clase de remedios; pero viendo el herido que pasaban los días y no sentía mejorar la cura, implorando á la Santísima Virgen en su auxilio, sintió en su corazón deseos de que lo trasladaran al hospital de Ntra. Sra. de Gracia, en Zaragoza. Pidió lo llevaran por caridad, y así se hizo, yendo de pueblo en pueblo pidiendo limosna y albergue. Como el movimiento es tan contrario á esta clase de curas, la gangrena ya iniciada aumentó de tal manera que cuando llegó á Zaragoza tenía la pierna casi podrida y completamente ennegrecida. Su primer cuidado, pues la fe le llevaba á Zaragoza, fué visitar á la Virgen del Pilar y para hacerlo de una manera digna de un cristiano le ofreció lo primero confesarse y recibir á su Santísimo Hijo, como así lo hizo con singular devoción, al mismo tiempo que derramando copiosas lágrimas imploraba su patrocinio.

Conducido al hospital y puesto en una cama fué reconocido por el cirujano don Juan de Estanga, que era profesor de la Universidad, y declaró que no había otro remedio sino cortar aquella pierna al pobre herido cuatro dedos más abajo de la rodilla. Sufrió con gran resignación Miguel los dolores agudísimos de la operación y su cura, invocando sin cesar á la Santísima Virgen, animado con las exhortaciones del capelán. La pierna cortada fué enterrada en lugar destinado al efecto en el mismo hospital.

A pesar de la operación y de los cuidados prodigados por el cirujano y los

enfermeros, no acababa de cicatrizar por completo la parte cortada, y aun cuando ya estaba Miguel fuera del hospital se veía obligado á ir allá repetidas veces para que de nuevo le hicieran la cura. Viendo el cirujano la rebeldía de aquella llaga á cicatrizar, dijo al paciente:

—¡Pero qué haces tú con esta herida, que no acaba de curarse!

—Nada, respondió Miguel;—únicamente la unto alguna vez con el aceite de la lámpara que arde delante de la Virgen del Pilar.

—¡Ya me parecía y mí,—exclamó el cirujano,—que algo hacías tú! De ninguna manera has de volver á untar la herida si quieres sanar.

Salióse pensativo del hospital el buen Miguel, dudoso en lo que haría; pero pudiendo en él más el amor y fe en la Virgen Santísima que los pronósticos de la ciencia, volvió á untarse una y otra vez con el aceite de la lámpara del Pilar, esperando confiadamente en que la Virgen le pondría bueno para poder ayudar á sus padres lo mejor que pudiera, dada su irremediable cojera naturalmente hablando. Así pasó más de dos años viviendo de limosna, sin atreverse á presentarse á sus padres, por haber ido á Zaragoza sin su permiso. Encontróse un día por providencia de Dios con el párroco de su pueblo, quien sabiendo lo que le pasaba se ofreció á interceder por él á sus padres para que lo perdonaran y admitieran en la casa de nuevo. Animado con estos buenos consejos el pobre Miguel se puso en camino metiéndose en un carro que lo condujo á Fuentes, de aquí fué á pie con gran molestia á Quintó; lo llevaron luego por caridad á Sampedro montado en un jumentillo, y en otro que allí le había enviado su padre se fué hasta Calanda. Allí para no ser tan gravoso á sus padres se dedicó á pedir limosna por los alrededores y aun haciendo esfuerzos de flaqueza se puso un día á recoger estiércol transportándolo de una era al corral de la casa en unión de una hermanita suya. Cayó rendido por la noche sintiendo al mismo tiempo un vivísimo dolor en la pierna. Rogó á su madre le hiciese la cama, que tuvo que ceder á un soldado de caballería que con otros acababa de llegar y le habían destinado su casa para alojamiento. Mientras le preparaban otra estuvo contando sus desgracias á varias personas y entre ellas á un tal Barrachina y su esposa que vivía

allí cerca. Poco después se retiró á acostarse y lo mismo hicieron los demás.

Era entonces la noche del día 29 de Marzo, en que la Santísima Virgen iba á premiar la fe de su devoto Miguel. Se durmió éste pensando en ella é invocándola y soñó que se hallaba en la capilla de la Virgen del Pilar de Zaragoza, y que se ungía con el aceite de su lámpara. Cuando esto soñaba la Santísima Virgen le concedía mucho más de lo que deseaba y lo que nunca le vino en pensamiento pedir. El prodigio estaba hecho; la pierna enterrada se le restituía. Como tanto se había quejado al acostarse, el padre y la madre fueron á ver si dormía, cuando ésta notó que debajo de la capa que le cubría salían dos piernas. Se acerca, descubre, palpa y grita asombrada:

—¡Miguel! ¡Miguel!—despertándolo.
—¿Qué es esto, hijo mío? ¿Qué pasa aquí! ¡La pierna cortada!

Despertó Miguel atemorizado, y al cerciorarse una y otra vez de que era verdad que tenía su pierna entera, rompe á llorar diciendo:

—¡La Virgen del Pilar ha sido! ¡yo soñaba que me untaba con el aceite de su lámpara! Y entre sollozos y lágrimas de emoción y agradecimiento invocaba con ternura á su amadísima Virgen del Pilar, mientras pedía perdón á su padre de lo que le había ofendido, estrechando su mano y besándola. La escena de emoción que en aquella casa se desarrolló fué indescriptible, pues todos desconcertados corrieron en busca de los vecinos. Estos á su vez admirados llamaban á otros y apenas si querían creer lo que veían con sus ojos y palpaban con sus manos. Pero no cabía la menor duda. Y María Santísima para hacer más patente la verdad de tan estupendo milagro no quiso restituir á Miguel la pierna sana, sino tal cual estaba después de la operación: desfigurada, yerta, fría, cadavérica, más corta que la otra y con los dedos encogidos y amoratados. El prodigio comenzaba en Calanda, y quería la Virgen terminara en Zaragoza. Trató Miguel de apoyar el pie en el suelo, pero no podía; sólo notaba una cosa rara y era un fuerte dolor en los dedos del pie. Determinó con todo ir á la iglesia apoyado en unas muletas. Acompañóle inmenso gentío, y después de confesar y comulgar oyó una Misa en acción de gracias. Pasados tres días partió para Zaragoza acompañado de su familia, y postrado á los pies de la Virgen del Pilar le pedía fervorosamen-

te le concediera la curación completa ya que se había dignado comenzar la obra. Concediósele la Santísima Virgen; la pierna fué recobrando poco á poco su vigor hasta que se curó completamente con admiración de los muchísimos testigos que presenciaron un milagro tan nuevo y único en la historia.

Por lo mismo era necesario probar á todo trance su autenticidad, para cerrar el camino y tapar la boca á todos los incrédulos, impíos y sectarios. El hecho fué tan notorio que no habían pasado dos meses cuando toda Europa se ocupaba de él con gran interés multiplicándose los relatos sobre el milagro de Calanda, escritos en diversos idiomas, entre los cuales el más leído era el de Meurath, médico alemán. Felipe III, que á la sazón reinaba en España, al leer el proceso quedó tan persuadido de la verdad del prodigio que llamó á Miguel Juan el curado, y con gran devoción le besó la pierna restituida. A instancias del Consejo y Universidad de Zaragoza comenzó á formarse el proceso de este milagro, en el que intervinieron veinte y cinco testigos, siendo al fin aprobado en 27 de Abril de 1641 por el Arzobispo de Zaragoza D. Pedro A. de Apaolaza.

El pueblo de Calanda escogió por su Patrona con motivo de este milagro á la Virgen del Pilar, conmemorándolo todos los años. Se pintaron cuadros y acuñaron medallas conmemorativas del prodigio, y muchos historiadores y críticos nacionales y extranjeros han estudiado el proceso y escrito extensamente sobre el milagro, entre los cuales pueden leerse á Félix de Amada, Guillermo Guppemberg, Fuentes de Biota, Tirso González, Antonio Arbiol, Lorenzo Crisógono y otros escritores.

Varios insignes publicistas traen este milagro tan auténtico para refutar á los materialistas y confundir á los incrédulos, y este es el primer fruto que hemos de pretender; pero si no se consiguiese con este y otros milagros que hoy vemos, como el número de necios es infinito, según dice Dios en la Sagrada Escritura, el relato de estos milagros nos servirá para conocer á los tales, porque al oírlos ellos, se rien estúpidamente y los niegan sin más estudio ni averiguación; al fin como hombres animales, dice San Pablo, no entienden las cosas espirituales. Nosotros, los creyentes, digamos con los apóstoles á Cristo: «*Adauge nobis fidem.*» Aumentad, Señor, nuestra fe.

LA FUENTE DE LAS DESGRACIAS

Era muy numerosa la reunión que en una tarde de otoño había en una granja. Primero se habló de todo un poco; de la lluvia, del buen tiempo, de la carestía de los géneros, de los impuestos cada vez más gravosos, de esas mil cosas que son el tema obligado de las conversaciones campesinas.

Después se llegó á hablar de las catás-

trofes que menudeaban en los caminos de hierro, de las bancarrotas, tan frecuentes como desastrosas, de las cosechas que se perdían, de los suicidios que se multiplicaban, de las familias arruinadas y desaparecidas; de las insolencias de los niños, de los sacrilegios y profanaciones de los templos, de las escuelas sin Dios, y todos repetían: *¡mal, muy mal, esto va mal!*

—Sí, *esto va mal*—dijo el viejo arrendatario con acento tan grave que impresionó á los que allí se hallaban: — *y miren ustedes, todavía tiene que ir peor.*

Y como si deseara ser más seriamente escuchado, paróse un poco y luego prosiguió:

—Quien causa todos esos males es Dios. Dios, bondad infinita, que despacio, pero con firmeza toma su desquite. Pues qué ¿hay alguno, incluso entre nosotros, que no tenga en algún olvido sus mandamientos? ¿Qué con el más fútil pretexto no se exima de la Misa en los domingos y fiestas y deje de trabajar en ellos? ¿Quién reza todavía en familia, siquiera todas las noches? ¿No hay quién diariamente se atreva á decir contra la divina Providencia cosas que no se atrevería á proferir del más miserable de sus vecinos? ¡Ya, ya! Pues qué ¿todo esto no tiene que pagarse?

Ni es ciego Dios, ni sordo, ni insensible, ni necio.

Dios no duerme: mira, escucha, aguarda, y luego, al llegar los crímenes á ciertos límites, dice; *Basta ya de eso*, y entonces deja marchar las cosas; pero es cosa sabida que *las cosas por sí solas marchan mal.*

—¿Usted lo cree así?—díjole con burlesca sonrisa uno de los que le oían.

—Sí, vaya si lo creo.

—¿Y quién se lo ha dicho á usted?

—Dios.

—¿Dios? ¿Pero ha tenido usted la suerte de hablar con él?

—¡Chiquito!—dijo, volviéndose hacia un niño de diez años que apenas se enteraba, aunque ponía atención, vivamente impresionado:—traete mi libro.

Era una Biblia.

Entonces el anciano la abrió por distintos sitios y con voz lenta leyó:

«A los que despreciáis mis leyes, yo os visitaré por medio de la indigencia.

«Malditos seréis en las ciudades, y malditos en los campos.

«En vuestros graneros serán malditos los frutos que hubiéreis conservado. Plantaréis viña, pero no recogeréis fruto de ella. Malditos seréis en vuestra inteligencia; el Señor os herirá con frenesí, ceguera y furor.

«Maldecidos, por fin, en vuestros hijos, que todos pereceréis.»

Detúvose el anciano y luego prosiguió:

—Creedme, amigos míos, Dios es bueno, muy bueno, pero es justo. No tiene más que una palabra: *la verdad*, y ahí la tenéis. Ya lo veréis los que sois jóvenes. Un pueblo que se obstina en hacer la guerra á Dios, un pueblo que desprecia las leyes de Dios, es un pueblo que cae.

SONETO

Deje ya de atufarnos con el humo
De incienso vil, la torpe gacetilla;
Que el pudor hiera y la verdad mancilla,
Tanto alzar fama al Olimpo sumo.
¡Oh! ¡y cómo exprime á la lisonja el zumo;
¡Cuánto grande hombre! ¡Cuánta maravilla!
No hay en la rica lengua de Castilla
Superlativos ya, para el consumo.
De la justicia hollando el santo fuero,
Coronas ciñe con aplauso y ruido
Ondeando sin trégua el incensario.
Ya Judas Iscariote es caballero,
Y Rinconete, joven distinguido;
Y Monipodio, austero funcionario.

C. SUAREZ BRAVO.

Volney y el Rosario

El escéptico escritor Volney se había embarcado; de repente se levanta una terrible tempestad. Olvidando él mismo las doctrinas que enseñaba, toma el Rosario de una mujer que rezaba á su lado, se arrodilla y ora con fervor que admiró.

Cuando hubo pasado el peligro, uno de sus amigos no pudo contenerse y le dijo:

—¡Vos también orabáis como puede hacerlo la mujer más cobarde!

—Amigo mío—contestó Volney, destruyendo él mismo su desolador sistema de ateísmo,—puede uno ser incrédulo y ateo en su gabinete; pero cuando se encuentra entre el trueno que retumba y el abismo de las aguas que muge bajo los pies, se ve uno obligado á creer.

Contra el alcoholismo

Las cárceles y manicomios reciben su mayor contingente de los que abusan de las bebidas alcohólicas.

El abuso del vino y sobre todo del aguardiente y de los licores ocasionan enfermedades graves é incurables.

—La copa de aguardiente de la mañana, la del medio día (detrás de la comida), cuando se toman por costumbre, acercan la vejez y acortan la vida.

—El alcohol gasta las fuerzas, mata la inteligencia, degrada al hombre y arruina sus hijos con la herencia de la locura, mal de corazón, degenerados y tuberculosos.

—La embriaguez es un vicio grosero y brutal, que causa la ruina y la perturbación de las familias, conduce á la vagancia, á la miseria, á la mendicidad, al suicidio y al crimen.

—El hombre que abusa de las bebidas alcohólicas no puede ser buen padre de familia, ni buen ciudadano y pierde la dignidad y la libertad.

Consecuencias palpables

Como argumento en pro de la prensa católica, como prueba de que urge ampararla, aun destinando para ella el dinero

que hubiera de emplearse en levantar templos y casas religiosas, se repetía de algún tiempo á esta parte que en un día podían arrebatarlos esos templos, esas casas religiosas fundadas en años, si la atmósfera, el pensar común y las opiniones de los gobernantes eran anticatólicas. Que esa opinión, esa atmósfera se hacía católica de anticatólica por medio de la prensa. Y que los gobernantes temen á la prensa, obran guiados por ella ó por medio á ella. Por donde el dinero empleado en favorecer la prensa, aparte del bien directo hacia otro indirecto: el de defender las obras é instituciones católicas, sociales y culturales ya establecidas y las que se fundasen en lo sucesivo.

Los sucesos de Barcelona han sido prueba plena.

En pocos días ¡cuántos templos, cuántas instituciones, cuántos conventos, cuánto dinero perdido!

¿Y todo por qué? Principalmente é inmediatamente por la influencia é investigaciones de un periódico, de *El Progreso*, cuyas predicaciones se han cumplido á la letra y con una prontitud maravillosa que constituyen prueba plena. Pues contrarias causas producen contrarios efectos. Periódicos católicos y vibrantes impedirían lo que han hecho periódicos anticatólicos y vibrantes.

¿No habrá entre los católicos españoles un poco de dinero y otro poco de sentido práctico?

(Hojas sueltas)

GATEQUEISIS

LOT SALVADO POR LOS ÁNGELES.— Una tarde llegaron dos ángeles á Sodoma. Lot se hallaba sentado á la puerta de la ciudad. Así que los divisó se levantó, les salió al encuentro, los saludó, inclinándose hasta tocar la tierra, y les dijo: «Ruégoo, señores, que os dignéis entrar en casa de vuestro siervo y pasar en ella la noche; mañana temprano podréis continuar vuestro camino.» Ellos respondieron: «No; nos quedamos en la plaza.» Pero él les hizo tantas instancias, que al fin entraron en su casa, donde les preparó buena cena. Antes que se hubieran acostado, los habitantes de Sodoma rodearon la casa y pidieron á grandes gritos que Lot les entregara á estos dos hombres. Lot salió con el objeto de calmarlos, pero ellos se irritaron más aún y se arrojaron sobre él. Los ángeles se adelantaron, hicieron que Lot volviese á entrar en la casa y cerraron la puerta. Al mismo tiempo quedaron ciegos todos los que estaban allí fuera, de modo que se cansaron de buscar la puerta y no pudieron encontrarla.

Los ángeles dijeron á Lot: «¿Tienes aquí algunos parientes, yernos, hijos é hijas? A todos los tuyos sácalos de esta ciudad porque vamos á destruirla. El clamor de sus crímenes ha llegado hasta el trono de Dios, y el Señor nos ha enviado para perderla.» Habiendo salido Lot, habló á sus yernos que habían de

casarse con sus hijas, les dijo: «Levantaos, salid de aquí, porque el Señor va á destruir esta ciudad.» Pero ellos no quisieron darle oídos y le tuvieron por loco.

Al día siguiente, al amanecer, los ángeles apuraban á Lot, diciéndole: «Levántate, toma á tu mujer y á las dos hijas que tienes: no sea que tú también pezezas con los habitantes de esta ciudad.» Y como no se dio mucha prisa, le tomaron de la mano á él, á su mujer y á sus hijas, los sacaron y los pusieron fuera de la ciudad. Entonces uno de los ángeles les dijo: «Poneos en salvo, no volváis la vista atrás, ni os paréis en toda esta comarca; antes bien, dirigíos al monte.» Lot les pidió permiso para retirarse á la pequeña ciudad de Segor: ellos se lo concedieron, y perdonaron á esa ciudad por consideración á él. Al día siguiente, el Señor hizo caer sobre Sodoma y Gomorra una lluvia de azufre y fuego, que destruyó estas ciudades, el territorio que las rodeaba, todos los habitantes de las ciudades y todas las plantas de la tierra. Mas habiendo mirado atrás la mujer de Lot fué convertida en estatua de sal.

El lugar en que se elevaban esas ciudades lo ocupa hoy un lago, al cual se da el nombre de Mar Muerto. Tiene más de cincuenta leguas de circunferencia. Sus aguas son excesivamente saladas, acres y amargas. Allí no hay olas, ni crece una planta marina, ni viven peces. Las playas están cubiertas de sal pegajosa. En ninguna parte presenta la naturaleza un aspecto más triste y salvaje. Como á sesenta metros de la orilla hay un islote. La tradición lo señala como el lugar en que la mujer de Lot se convirtió en una estatua de sal.

UN RUEGO

Odia el delito y compadece al delincuente. Si todos procurásemos, en la medida de nuestras fuerzas, cumplir bien este consejo, indudablemente que la reforma de las costumbres iría ganando mucho en ello y las cárceles no serían como al presente, centros de corrupción sino de verdadera y sana corrección.

«Aquí el bueno se hace malo y el malo se hace peor» se lee en muchos presidios, escrito por los mismos presos, y sin necesidad de que lo escriban, así es.

Quien en ellos entra por un delito de poca monta, sale al cabo de algún tiempo hecho un maestro consumado en la ejecución del crimen y hasta con la *ciencia* necesaria para *escurrir el bullo* si preciso fuera.

Si preciso fuera, pues que por una compasión mal entendida, en nuestro modo de ver las cosas, esa vida de comodidades, que se da con demasiada frecuencia á los reclusos les hace preferirla, y es natural, á la que tienen de privaciones y miseria cuando están en libertad; debido á esto es la frase muy vulgar entre los *habituales huéspedes* de estos *hoteles*: «dejé la cuchara escondida *allá*; luego la volveré á tomar.»

No, no es buen sistema de castigo y corrección este modo espléndido de por-

tarse con los presos, como tampoco lo es de compasión el procurarles la impunidad, ocultándoles ó procurándoles la huida que ha de darles nueva ocasión de volver á las andadas. La verdadera caridad con el preso, la verdadera compasión al delincuente está en hacerle, á la vez que sentir el castigo como castigo para que cobre odio saludable al delito y de él se aparte, entrar en sí mismo, razonando cuerdamente por el estudio de sus deberes como ciudadano y como católico; comprendiendo los inmensos perjuicios (spirituales y materiales que proporciona una vida depravada.

¿Y cómo instruir convenientemente al hombre que solitario en una celda á solas con sus pensamientos, parece dispuesto á entretenerse con lo primero que se le presente como aquel preso que se pasaba el rato en tirar al suelo un grano de trigo y buscarlo á ciegas? (Histórico).

Allí lejos del bullicio del mundo, apartado de la influencia de sus malos amigos, sin que puedan valer de nada sus baladronadas, es la ocasión más apropiada para conquistar un alma escarriada, trayéndola á la senda del bien...

¡¡¡Por la ciencia!!! ¡por el aprendizaje de un oficio! nos parece oír ya á esos *ilustres* que en esto sólo creen ver la panacea universal.

Sí... bien está la instrucción de los conocimientos útiles para la vida, pero es muy cierto que eso no basta, que no es «ni siquiera la mitad de lo que requiere la naturaleza moral del hombre. No, no basta saber al hombre Matemáticas, Física, Química, etc. etc., pues si bien esto demostraba que su inteligencia estaba perfectamente cultivada, falta cultivar la voluntad, el corazón que no son de menos importancia que la inteligencia. El hombre necesita ser buen hijo, buen padre, buen esposo, enemigo del vicio, amante de la virtud, respetuoso con los derechos de los demás, temeroso de Dios, y todas estas cosas y otras muchas más que omitimos por la brevedad no se explican sin la religión firmemente abrazada y fielmente practicada.» Por falta de religión y no de ciencia están los presos en la cárcel.

Religión, pues, ideas religiosas, eso es lo que habeis de infundir con preferencia en el corazón del preso, del delincuente para convertirle, para regenerarle, para salvarle. En la enseñanza religiosa tiene un verdadero punto de apoyo el individuo y la sociedad, no en otra causa. Los hechos son en esto la gran prueba.

Pues bien, procurémosle al recluso buenas lecturas; novelas, folletos, periódicos de moralidad reconocida; arranquemos de sus manos esos novelotes criminalistas, inmorales, pornográficos y esos periódicos sectarios, que más contribuyen á hundirle en el vicio.

Cuantos de verás se interesen por el bien del preso háganlo así, no les pesará nunca.

En Bilbao, Zaragoza y otras muchas poblaciones se han establecido con donativos de libros y dinero, «bibliotecas morales» para los presos.

Por nuestra parte podemos decir que son algunos las Centros de este género donde «El Amigo del Pobre» es conoci-

do y deseado; los presos de Gijón también le conocen bastante, pero quisiéramos que por *quienes pueden mucho* se nos pusiera en condiciones de hacer más de lo que hacemos; entonces Dios lo pagaría y para nosotros, este exceso de trabajo sería de satisfacción grandísima porque amamos mucho al desgraciado y más si éste se ve privado de esa libertad que es hija del Cielo.

El consumo de las frutas

Las frutas debieran ocupar lugar preeminente en la alimentación humana. Sobre todo en nuestro país, donde abundan tan exquisitas variedades, pues en los Estados Unidos, que ya quisieran producir las tan excelentes, existe una sociedad para fomentar por todos los medios el consumo de las frutas.

La fruta es el alimento más natural y primitivo del hombre, como se desprende de sus dientes, que no son de carnívoro exclusivamente, sino también de flugívoro.

Los insomnios, y malas digestiones son casi siempre consecuencia del mal régimen alimenticio, por que en él predominan los ácidos animales, los productos de descomposición cadavérica y otras tóxicas microbianas.

El abuso de la carne como alimento obscurece y altera la dentadura, y en cambio es axiomático que las fruterías ostentan hermosa dentadura; y se dice además, que los buenos dientes suelen ir acompañados de hermosa cabellera.

El régimen alimenticio de fruta conserva la voz, á menudo perdida por el abuso del alcohol y la carne.

Las frutas son el alimento predilecto de los estómagos delicados; su azúcar es el hidrato de carbono, alimento por excelencia.

Se sabe de un enfermo que curó comiendo en la época de la vendimia de 3 á 4 kilos de uva diarios. Como se vé, el régimen curativo no pudo ser más agradable, y eficaz.

Ninguna fruta contiene ácido úrico, ni otros productos no asimilables por el estómago.

Con las frutas se evita fácilmente las congestiones en sus primeros síntomas y las constipaciones intestinales.

Son, en fin, un alimento de primer orden, por el solo hecho de digerirse y asimilarse con el mínimo de esfuerzo y producir el máximo de utilidad.

Las frutas se han de tomar al principio de la comida, y no despues cuando falta el apetito y el estómago está dilatado por la ingestión de otros alimentos.

Usadas como medio curativo, las frutas aciduladas deben tomarse por la mañana y en ayunas.

Las uvas, ciruelas y naranjas son de mucha utilidad para los fatigados por el exceso de trabajo mental. El hierro y la sosa abundan en la fresa; el limón se preconiza para afecciones del reumatismo, y la manzana tiene propiedades calmantes que proporcionan un tranquilo sueño

á quienes las toman al acostarse.

Las frutas son, por último, depósitos vivientes, orgánicos; es decir, que los principios nutritivos revisten en ellas la pura forma asimilable, y la química viviente de las frutas es muy superior á la química del laboratorio.

Escuelas Laicas

Por el artículo de nuestro número anterior pueden ya darse por enterados nuestros lectores obreros de lo que es una escuela laica, de la refinada maldad que se oculta bajo su aspecto de *indiferencia* en cuestiones de religión y de política.

Con lo dicho esperamos que no os cogerrán de sorpresa, ni os harán firmar ninguna protesta esos afines de Ferrer y compañía contra el actual cierre de las escuelas laicas.

Es de muy mal efecto que una persona honrada figure en las listas de *esos* que protestan contra la clausura de tales Centros de criminalidad.

A fin de daros mas luces sobre el asunto, que hoy es de triste actualidad, sigamos desarrollando el tema:

Dicen sus defensores, para engañar á las gentes, que escuela laica es lo mismo que neutral en religión y moral: que en ella se prescinde de Dios: ni se le invoca ni se le ataca; no se acuerda nadie del dogma y se estudia sólo la ciencia.

¡Desdichada enseñanza que tiene que ser defendida con blasfemias!

Porque al admitir como cosa buena una reunión de seres racionales á los cuales les está prohibido, mientras permanezcan juntos, mentar á Dios, es dar por sana una de estas dos consecuencias: ó que no existe Dios, ó que los hombres pueden justamente levantarse contra Él y decir: No queremos nada con el Todo poderoso; nos portaremos con Él como si no existiese; no ha de recibir de nosotros ni una plegaria de nuestros labios, ni un afecto de nuestro corazón, ni un raciocinio de nuestro entendimiento.

Y si eso es monstruoso siempre, mucho más cuando está formada por niños que son instruidos por un maestro, ya que entonces se sostiene además este otro absurdo blasfemo: que el hombre no necesita instrucción religiosa, que aunque desconozca á Dios y las verdades católicas, no pierde nada.

Pero claro es que esa mal llamada neutralidad tampoco puede existir, porque el desventurado que se comprometa á enseñar laicamente, es que no cree en un supremo Señor de cuanto existe, y no dejará de infiltrar en las inteligencias de sus discipulos ese su modo de pensar; sus educados le presentarán mil cuestiones que él ha de resolver según el criterio católico ó racionalista, y claro es que éste seguirá; alguno le hablará de Dios y refutará su dicho, ó lo rechazará ó prohibirá al atrevido que vuelva á decir cosa semejante, porque si no no sería escuela laica; y cualquiera de esos que realice el maestro ya no serán de un neutral, serán de un ateo.

Además, la enseñanza, según nuestra santa religión, tiene que ser católica; luego la sola existencia de una escuela laica es un acto anticatólico; luego no puede ser ya neutral.

Que no lo es, convencen los ligeros razonamientos alegados; más la experiencia de todos los días lo comprueba, pues nadie ignora que los maestros laicos manifiestan su odio á la Iglesia divina; blasfeman de Cristo y niegan á Dios como unos energúmenos delante de sus discipulos; (véanse los libros de Ferrer) los que las sostienen son conocidos sectarios, y cuantos frecuentaron esas escuelas salieron de ellas aborreciendo el catolicismo y lo que con él se refiere.

La neutralidad, pues, de las escuelas es una blasfemia, un imposible y un mito.

He aquí un *symbolismo* expuesto en un gran cuadro que se recogió ahora de una escuela laica de Valencia.

Sobre los atributos esparcidos por el suelo: del poder divino, de la autoridad del Rey, del ejército, de la magistratura y del sacerdocio, rotas las cadenas del presidario, está una descocada mujer con una tea encendida en la mano. ¿Lo entendéis?

Otro día os presentaremos los razonamientos de personas nada católicas, contra la enseñanza de las escuelas laicas. Ellos servirán de remate á lo que nos propusimos decir en este asunto. Quien despues no obre en consecuencia allá él, lo hará por maldad de ánimo no por ignorancia.

BIBLIOGRAFIA

Hemos recibido, y agradecemos, algunas de las interesantes obras escénicas que «Teatro Moral» tiene en su numerosa colección, propia para Colegios, Seminarios, Círculos y Patronatos de Obreros.

Ahora que estos Centros de instrucción y recreo vuelven á su vida activa, con el curso escolar, se les presenta ocasión excelente de procurarse un buen repertorio escénico (cómico y dramático) sin necesidad de acudir á esas otras obras teatrales en las que á fuerza de arreglos y supresiones pueden ser adaptables á dichas entidades católicas.

Los pedidos pueden hacerse en la librería de D. Gregorio del Amo. Paz, 6, Madrid.

Precio de cada ejemplar: Una peseta.

En nuestra Admon. tenemos también á la venta las siguientes Obras teatrales á propósito para sociedades obreras:

JAUIA.—Juguete cómico-lirico-filosófico-social en un acto y tres cuadros. Precio una peseta.

METING SOCIALISTA.—Episodio de actualidad en un acto y tres cuadros, una peseta.

EL SEÑORITO.—Juguete en un acto y en verso; una peseta.

Certificados 0,25 de pta. más.

Colecciones de «El Amigo del Pobre» 1906, 7 y 8 á 2 ptas. colección.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sra. D. A. T.—Laviana.—Recibida su carta del 28 y conformes con sus instrucciones.

Sr. D. J. S. F.—La Algodonera.—Gijón.—Pagó Septiembre.